

LO PRÁCTICO Y LO FORMAL.

ARQUETIPOS MASCULINO/FEMENINO DE PODER

MARÍA ANTONIA GARCÍA DE LEÓN

PROFESORA DE LA SECCIÓN DEPARTAMENTAL DE SOCIOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN
EN LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Recepción: 30-06-08

Aceptación: 15-07-08

RESUMEN

LA AUTORA EFECTÚA UNA SÍNTESIS DE SUS NUMEROSAS INVESTIGACIONES SOBRE LAS ÉLITES FEMENINAS ESPAÑOLAS EN LOS MÁS DIVERSOS CAMPOS (ACADÉMICO, CIENTÍFICO, POLÍTICO, PERIODÍSTICO, ETC.) Y SU RELACIÓN CON EL PODER. RECONDUCE SUS OBSERVACIONES A DOS ARQUETIPOS, AL MODO DE LAS DICOTOMÍAS «LEVISTRAUSIANAS»: LO PRÁCTICO Y LO FORMAL, SIENDO EL PRIMERO EJEMPLIFICADO EN LA UNIVERSAL FIGURA LITERARIA QUIJOTESCA QUE LA AUTORA DENOMINA «LAS SANCHAS». SOBRE DICHA DUALIDAD, LA AUTORA REALIZA UN ESFUERZO DE INTERPRETACIÓN DE LAS CONDUCTAS DE GÉNERO Y PODER, ELABORANDO UN MODELO TEÓRICO AL RESPECTO.

PALABRAS CLAVE:

PODER Y GÉNERO, ÉLITES FEMENINAS, CARRERAS PROFESIONALES, ARQUETIPOS SOCIALES (MASCULINIDAD/FEMINEIDAD).

El poder patriarcal implica un complejo entrenamiento en el uso de los eufemismos, las mistificaciones y las manipulaciones lingüísticas, y en este terreno, las mujeres, como nuestro Sancho Panza, no hemos sido particularmente adiestradas. Celia Amorós.

INTRODUCCIÓN

Poderosos y Sanchas son etiquetas que emplearemos para ejemplificar arquetípicamente ciertas conductas de hombres y mujeres en las organizaciones de trabajo, pero también les convendrían las etiquetas de mitificadores y desmitificadoras que, a su vez, correlacionarían con el hecho de tener o no tener poder, respectivamente.

Numerosas investigaciones están poniendo de manifiesto y criticando el uso simbólico que los hombres hacen del empleo, en suma, el trabajo como espacio para la lucha simbólica, más allá de la faceta sustantiva de la ocupación, es decir, del hecho de estar efectivamente ocupado trabajando.

Hay una línea interesante de observación (especie de objeto privilegiado de conocimiento) en la que se produce una significativa confrontación entre hombres y mujeres, y ésta es su percepción, actitud y conducta sobre qué es *lo práctico*.

Normalmente, en cualquier proceso hay un momento inicial de planteamiento del problema, una fase intermedia de debate y consenso (fase en muchos casos obligada por el talante democrático de la organización de que se trate) y una fase final o de resolución. Pues bien, en estas fases, y dada la complejidad de la vida social en cualquiera de sus dimensiones, aunque sea en una pequeña organización, no sólo se producen procesos racionales, se

producen también interacciones humanas, psicológicas, y muy especialmente se producen procesos de poder y, subsecuentemente, de dominación. Es el fenómeno del poder lo que gravita sobre cualquier interacción social, desafortunadamente podríamos decir, o sólo escasamente suplantado por sus antípodas: el fenómeno del amor y, subsecuentemente, por decirlo de un modo simétrico al anterior, por la solidaridad, la amistad, la comprensión, y toda su gama de frutos excelentes. Un poder que en muchos casos (sobre todo en ámbitos de pocos recursos económicos, como puede ser el universitario), no se materializa en ninguna apropiación de beneficio. Poder que sobre todo busca manifestarse, imponerse, aunque sea a través del típico «quién ha dicho la última palabra».

Pues bien, hombres y mujeres tienen, hoy por hoy, percepciones y comportamientos muy distintos en estos procesos. Se produce el siguiente juego de espejos. Los hombres piensan que las mujeres son difíciles, que tal vez no entiendan el problema. Las mujeres piensan que los hombres pierden el tiempo, divagan sin medida, no tienen otras obligaciones en que pensar o que les haga urgentes una economía de tiempo y espacio, por ello el lugar de trabajo puede convertirse para ellos en una especie de tren sin retorno.

Hay una especie de tajo que separa a hombres y mujeres en estos procesos: mientras ellas se muestran prácticas («sanchaspancistas») en la fase inicial e intermedia de resolución de un problema, ellos despliegan, en esas fases, el ceremonial del poder (ceremonial de la masculinidad por excelencia) que ellas no tienen aprendido como recién llegadas que son al mundo de las organizaciones y, en general, del poder. Parece que reclamaran como el buen Sancho “al pan, pan, y al vino, vino”, y estuvieran prestas a presentar su dimisión de la gobernación de su específica isla Barataria. Como es sabido, Sancho Panza dimite de su cargo hartado de los quebraderos de cabeza y orolepes del poder. ¿No estará Sancho hermanado como desposeído con las mujeres que son «estructuralmente» desposeídas, más allá de lo que posean o no? Finalmente, esa especie de jaque mate que es la decisión final, es un juego ancestralmente entrenado por parte del varón, y, contraria-

mente, cuenta con un desentrenamiento histórico por parte de la mujer.

Muchos datos de orden psíquico nos pueden hacer calibrar el coste de la vida pública para las mujeres, dado su modelaje interior, y, no digamos, en qué alto grado pueden afectar si se trata de la vida pública en las más elevadas esferas donde se ponen en juego intereses y privilegios tan codiciados, como es el ámbito en que se desenvuelven nuestras élites profesionales femeninas. No es difícil imaginarlas en contextos y tesituras de gran agresividad y de toma de decisiones difíciles. He aquí un aspecto más, y no el menos importante, de su sobreselección social, en este caso sobreselección en el plano del psiquismo, o «sobreselección psicológica». De ahí que desajustes con las organizaciones diseñadas desde moldes profundamente masculinos, renunciadas a cargos, por no hablar del inalcanzado «techo de cristal» son datos que salpican, diferencialmente por género, la vida pública. Podríamos decir que asistimos a un período de transición, la «transición del género» (que no hizo más que empezar cuando se hizo la Transición española) o decir que asistimos también a un proceso de «aculturación psíquica», del cual nos llegan sus chirridos, cual engranaje que se estuviera ajustando. Uno de los más potentes, es el chirrido o la queja que es exclamación constante entre las mujeres profesionales: ¡Queremos ser medianías masculinas! Es la queja también de la sobreselección social que conlleva todo proceso de aculturación de pioneras (pues dada su naturaleza de «primeras» por definición implica aculturación).

Así pues, podríamos concluir que entre Poderosos y Sanchas anda el juego, siendo Sancho otro recién llegado al mundo del «poder baratarío» y por tanto inhábil o chocante desde la perspectiva del sistema, o tal vez cuestionador sin fuerza (ahí reside parte del problema) de las reglas consagradas y casi siempre no escritas del poder, las cuales restañan al ser vistas con la limpieza de ojos nuevos, no viciados en ellas, como son en general los ojos de las mujeres, en su condición de *outsiders* históricas del sistema.

En síntesis, los hombres piensan a las mujeres como complicadas y poco prácticas en la toma de decisiones (final del proceso ejecutivo empresarial) y las mujeres consideran que los hombres pierden el

tiempo en largas reuniones, debates, etc. (fase primera e intermedia del proceso). Ahí, en ese extremo chocan su sentido de lo práctico que como hemos visto es algo más que lo meramente práctico o eficaz, subyace en todo ello el sofisticado ejercicio del poder y sus ceremoniales archisabidos y entrenados por los hombres poderosos.

EL MESTIZAJE FEMENINO (O DE CÓMO NO ARTICULAN LAS MUJERES EL PODER)

En las mujeres profesionales se produce una significativa dualidad, entroncada directamente con graves problemas de la identidad de género hoy, y que refleja la tensión que sufre dicha identidad entre ser mujer-mujer y ser profesional-profesional, por decirlo expresivamente. Tensión que el hombre profesional, más que nada «ente profesional» a secas, se ha ahorrado históricamente en una única elección; esta es la brújula de su existencia, hacia vivir el trabajo asalariado como algo incuestionable en su vida: me pongo el terno gris o el mono azul, según el caso, y presto a trabajar, parecieran decir al unísono los hombres.

Parte del estrés (y de la «sobreselección social» que también a estos efectos se le exige a la mujer profesional) viene de mano de esta especie de esquizofrenia femenina socialmente impuesta que por nombrarla en forma coloquial podría exponerse bajo la forma de este singular imperativo categórico: “tener que ser la más bella y tener que dar la mejor conferencia”, por ejemplo. No hay que buscar mucho, la arena pública está llena de «profesionales-cortesanas» (o de la mujer «cortesana-profesional»), como también pudiera llamarse. No estamos hablando en términos morales, sino imparcialmente tratando de analizar ese *plus*, esa alienación de género que la sociedad patriarcal inflige a las mujeres profesionales, o lo que es igual, ellas mismas se autoinfligen por haber interiorizado la dominación patriarcal. ¿Qué hombre profesional podría hacer tal «dispendio-inversión necesaria» (por ende, no dispendio) en peluquería, gimnasio, salón de estética, conseguir un guardarropa adecuado y variado, además de llevar las relaciones sociales de la familia (hablar por teléfono, como es sabido es cosa de mujeres) tratar con el servicio doméstico,

ídem con los colegios de los hijos, etc. etc., es decir, todo lo que compone el universo arquetípico de una mujer profesional hoy. Todo ello, por si fuera poco, lo hacen algunas profesionales subidas a unos zapatos puntiagudos y de tacón.

CONTROVERSIAS SOBRE GÉNERO

De ese problema que acabamos de enunciar (más bien podríamos llamarlo «tensión de Género»), en absoluto irrelevante, se han hecho eco muchos analistas de la vida social. Veamos el problema en la siguiente cita, extensa pero creemos que oportuna:

“El efecto más contraproducente de la obsesión femenina por su imagen es el reducir sus oportunidades de emancipación laboral o profesional, que exigirían una más completa dedicación al trabajo intelectual o productivo. Se trata de *uno de los dilemas más acuciantes* que se le presentan a la mujer moderna, dada la contradicción que le obliga a tener que elegir entre emanciparse por medio del amor (y de la imagen ficticia que se pone al servicio ritual de éste) o emanciparse a través del trabajo. [...] Pero esta duplicidad vital tiene un coste muy elevado, que impone un doble precio a pagar. Por un lado, en el ámbito de la esfera pública, surge una fuerte contradicción entre la imagen femenina, fundada en la representación ritual de la inmadurez y la minoría de edad, y la competencia profesional que se espera de las mujeres modernas. El racionalismo eficiente y la productividad técnica que se exigen en todas las profesiones resulta en buena medida incompatible con el ocioso ritualismo de la imagen femenina, que descalifica a sus portadoras con el estigma de inútiles muñecas pintadas, a las que no se puede confiar ninguna responsabilidad. De ahí *el techo de cristal*, que cierra el paso de las mujeres hacia los cargos responsables y dirigentes. ¿Por qué se empeñan las mujeres en compaginar su forzada imagen femenina con el trabajo profesional, cuando resultan tan claramente contradictorios e incompatibles? Se trata probablemente de un efecto derivado de la inercia histórica” (Gil Calvo: 2000).

Siendo el debate uno de los rasgos más definitorios de los temas de género en la actualidad, hagamos un breve disenso respecto a ese diagnóstico sobre la condición femenina actual, de ese agudo y brillante ensayo. Sintetizadamente, y en primer lugar, no se trata de un dilema -como se indica- que hipotéticamente podría resolver el problema hacia uno u otro extremo. Se trata (por decirlo en un juego de palabras) de un único lema: ser todo, es decir, ser «mujer profesional», por la reluctancia femenina a la lógica del productivismo de mercado, unidireccional, que exigiría ser a secas «una profesional». En segundo término, la imagen femenina, el adorno por decirlo en un término más amplio, es, hoy por hoy, uno de los códigos culturales que más impregnan la feminidad. Es ineludible, no es algo externo a la feminidad, es un factor constitutivo que incluso ni queda obstaculizado por las diferencias de clase. Es cuestión de grado y no de cualidad: de Armani a la modesta peluquería de barrio. La necesidad de imagen es una de las más fuertes etiquetas del *Yin*, por así llamarlo (y esto más allá de todo esencialismo sobre «la Mujer»). Porque el asunto número uno de las mujeres hoy por hoy, sigue siendo el amor. Y para conseguirlo una de las armas más eficaces es una buena imagen como reza la publicidad más clásica. Bien que esta imagen pueda adoptar la practicidad del confort deportivo, o racionalizarse *ajournándose* a otros modos y espacios sociales. Ello no cambia el código. Por ello, renunciar a ella es como pedir a una gacela que no salte o a un leopardo que no cace. Juzgar este asunto como un juego pueril es posiblemente una percepción androcéntrica del problema. Pero lo dicho sobre la imagen femenina es un tema importante de molde cultural pero no el factor primordial por el que las mujeres tienen un «techo de cristal» (obstáculo invisible para ocupar puestos, poder, etc.). Son los mecanismos androcéntricos de poder descritos, no la imagen, los que desposeen a las mujeres. Así pues, efectivamente hay que acercarse a la imagen femenina con la distancia aséptica del antropólogo que va a descubrir pautas culturales nunca vistas, de una «racionalidad arbitraria», pero a fin de cuentas racionales e inteligibles para el objetivo vital femenino por excelencia: obtener amor.

¿Y por qué el amor no es el problema número uno masculino, y por tanto el tema de la imagen no le compete de un modo radical? Porque la acción es el *leit-motiv* hecho naturaleza histórica en los hombres. La rigidez masculina (su super-ego) es la espoleta fundamental para la acción y casi siempre dirigida a dominar y obtener poder. En contraposición, esa especie de posibilismo femenino es el caldo esencial para el cultivo y mantenimiento de la vida, casi siempre dirigido a dar y obtener amor.

A MODO DE EJEMPLO: LA IMAGEN ACTUAL DE LAS MUJERES POLÍTICAS

No hay más que echar un vistazo a la imagen femenina de las políticas en prensa o en televisión para comprender un interesante fenómeno icónico (y es sabido que toda imagen es más que imagen) y éste es el exceso de imagen (*quasi* al modo de las modelos) que ofrecen las ministras del Gobierno por ir directamente a lo más alto jerárquicamente (*vr.gr.*: Carmen Calvo, María Teresa Fernández de la Vega...).

En este sentido se ha recorrido un arco significativo de alienación de la imagen femenina que podría resumirse así: hemos pasado de la mimética austeridad femenina «a lo masculino» (*vr.gr.*: las primeras ministras llamadas «ministras cuotas» del socialismo, por ejemplo Rosa Conde) al abandono total de dicha austeridad y, por el contrario, a la «hiperimagen de lo femenino exhibido». Este nuevo fenómeno de la imagen femenina y su representación es notablemente observable en la vida cotidiana política y está codificado ya como escándalo en el «pase de modelos de la Moncloa»: las ministras posando con ropa de alta costura para la revista *Vogue* en el verano de 2004.

Las posiciones dominantes de poder ocupadas por las mujeres dentro de un sistema de poder masculino, deben ser pagadas por ellas, como excepciones que son al sistema, y como recién llegadas. De este modo las mujeres en la cúspide deben hacer un esfuerzo constante para satisfacer las «exigencias suplementarias y diferenciales» que el sistema les impone (ya sean de doble mérito, de sobreselección social... o de imagen). Ello es especialmente visible en su presentación en público que ha hecho

este recorrido significativo: en un primer momento, evitar toda connotación sexual de su *hexis* corporal y de su vestimenta (*Vid.* Bourdieu en su análisis de *La dominación masculina*) para en la actualidad pasarse al otro extremo. Este es un característico fenómeno pendular que visibiliza magistralmente la tensión de género que subyace en la arena política aún, lejos de la normalidad trillada y tópica que ofrece la presencia pública masculina. Pareciera aun oírse en el inconsciente femenino aquel *dictum* de Baudelaire: “Sé bella y calla”, convertido ahora en: sé bella y habla, pero sobre todo no pases desapercibida como mujer. Quizá este notable movimiento pendular de la imagen pública de la mujer acabe agotándose y comience a augurar nuevos espacios de libertad, e incluso puede ser que hoy, sea ya un síntoma de cambio social.

LAS MUJERES Y EL FENÓMENO SOCIAL DEL PODER

Respondiendo a nuestra cuestión inicial sobre cómo las mujeres no articulan el poder, podríamos decir *mutatis mutandi* e inversamente al caso masculino: no lo articulan porque no tienen poder que articular. Y ello es una cuestión meridiana, *de facto*. Pero hay más. Ya hemos apuntado los obstáculos que esa naturaleza femenina construida históricamente opone al poder, dificultando su obtención y ejercicio, y en cualquier caso no mostrando el alto grado de especialización masculina en obtenerlo y ejercerlo. Es como si en una misma competición corrieran atletas de élite (los hombres) y atletas en fase de entrenamiento (las mujeres). Nunca mejor dicho: entrenamiento histórico. El público sabría que la carrera no está igualada, que no debe tener las mismas normas. De ahí, la necesidad de esa especie de intervenciones quirúrgicas que son las medidas de discriminación positiva para las mujeres. Siguiendo con el símil, para que haya más atletas femeninas (cantidad) y para allanarles la meta (cualidad: lograr poder) en una carrera «tramposa», en la que correrían en desventaja, ¿qué habría que hacer? ¿Participar en este juego trucado a favor de los hombres que es el poder actual, teñido de todos los impedimentos ventajistas de la cultura masculina que lo ha forjado, rechazarlo frontalmente y seguir con la consuetudinaria división sexual de la vida,

o bien entrar en el juego del poder para cambiarlo, transformándolo aún a costa de alienarse en él, pero explicitando, al menos, otras reglas del juego? Traemos a colación, como un eco de lo que ocurre en la esfera de lo social, este interesante «hipertexto» sobre *Lady Nokia* que acompañamos intencionadamente, como un ejemplo excelente que glosa nuestro discurso. Qué distinta vivencia del ejercicio del poder, por parte de esta élite femenina. Parece que en ella resuena la voz de Sancho a Pedro Reicio cuando renuncia a ser Gobernador de Barataria: “Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad; dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me rescite de esta muerte presente.”

El ejemplo notable que acabamos de mostrar es significativo de una coyuntura de gran cambio social por género. Todo lo que se diga o se escriba sobre ello podría estar presidido por el rótulo “¡atención, arenas movedizas!”. A beneficio de la duda, podríamos hacer esta salvedad al caso de hemeroteca expuesto: ¿se sumarán las mujeres al gusto por el ejercicio del poder tan bien expresado en la siguiente cita cervantina, dejando a un lado las vacilaciones de Lady Nokia?: “Si una vez lo probáis, Sancho -dijo el Duque- comeros habéis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido.”

EL PODER OBSCENO / EL PODER FUERA DE LA ESCENA

Domina, en la actualidad, un primer tratamiento del binomio «poder y género» muy generalizado y casi tópico (pero necesario) que es el siguiente: el comportamiento formal en «organizaciones formales» (dicho con esta deliberada redundancia) de hombres y mujeres, de sus peculiaridades, de sus divergencias, todo ello singular pero bastante sopesado y bajo control, dado que hay unas normas establecidas y estamos ante un tema de los llamados políticamente correcto: la no discriminación de género.

Las diferencias se hacen notables y son a todas luces reconocidas por sus protagonistas, cuando éstos se desenvuelven en la «esfera informal» que toda organización posee (los llamados «colegios invisibles», redes, grupos de presión, etc.), inclu-

LADY NOKIA SE VA A CASA

A los 49 años, con un sueldo anual de 900.000 euros y un papel clave en el coloso europeo de los teléfonos móviles, ha escrito una carta: "Querido presidente, le dejo." Y ha retomado su vida.

Catalogada por *Financial Times* la mujer más influyente de los negocios europeos, deja su cargo porque le gustan las cosas sencillas, como "coger setas en el campo".

"Cuando tienes una función global, cuando hoy estás en China y mañana en París, estás de servicio las 24 horas del día durante siete días a la semana".

EL ÉXITO, UN PELIGRO

"Para una mujer", dice Sari, "es más sencillo elegir si quiere trabajar o quedarse en casa. Los hombres son menos libres, sufren una presión social muy fuerte". Pero es la única diferencia de género que admite. "Cuando trabajas, eres tú mismo. No creo que exista un modelo femenino y otro masculino de ejercer el poder. Es un estereotipo, una opinión caduca, superada; yo nunca he sentido que tuviera que ser como un hombre, ni tampoco he percibido nunca que esto fuese lo que los demás esperaban de mí. Las diferencias son sólo culturales y personales. Quizá para las mujeres sea más fácil abrirse a las emociones, ser capaces de escuchar. Diferencias difuminadas, desde luego, en un país nórdico; en Finlandia, las mujeres tienen derecho al voto desde 1906. El presidente de la República es una mujer, al igual que la mitad de los ministros del Gobierno".

Por tanto: "Ahora, durante seis meses, no haré nada. He decidido disfrutar de un periodo de alejamiento, y luego ya veremos. No me gustaría encontrarme de nuevo con la agenda llena de la mañana a la noche, y esto es un peligro, porque soy una persona que tiende a dejarse arrastrar por las cosas, no me gustaría que mi madre volviera a regañarme, porque se queja de que siempre estoy volando". La decisión de hoy, dice, estaba tomada desde hace ya tiempo. "Hay que planificarse, porque si no, la vida hace sus planes y se antepone a los tuyos y te mantiene dentro". Hace tres años se lo comunicó a su presidente, y hace diez dio un primer paso, "un acto relacionado lógicamente con lo que he decidido ahora: seis meses de excedencia para esquiar y para estudiar la historia de Europa y la cultura de Asia". "De verdad que no es cansancio. Todavía quiero trabajar, y no sería capaz de no hacerlo. Pero habrá otras formas. Siempre he pensado que no quiero perder mi identidad, que no quiero confundir mi persona con el papel que desempeño. Quiero ser yo misma". Sigue levantándose entre las seis y las siete de la mañana, porque "está bien tener un largo día por delante"; juega al tenis, va a la montaña, en su precioso chalet de la costa meridional de Finlandia; irá pronto a Italia, "a Siena, la Toscana es tan dulce", a estudiar uno de los pocos idiomas que no conoce, el italiano. Y ahora, una vez terminado el sándwich de pan negro, tiene algo de prisa, ha de ir al gimnasio.

Fuente: *El País*, 6 de marzo de 2005.

yendo los contactos extraprofesionales entre personas profesionales (más allá de la red profesional, y fuera de «escena», están: los restaurantes, los club selectos, los campos de golf, etc. etc.). Es para este ámbito, indudablemente el más poderoso, para el que aplicamos ese juego de palabras y de significados: *el poder ob-sceno*, «el poder fuera de la escena» que puede conllevar dosis de «obscenidad» moral y social en tanto que transgrede las normas del frontispicio de la Modernidad: *liberté, égalité, fraternité*, o dicho de otro modo, afecta a la transparencia e igualdad del «mérito meritocrático» (en esta redundancia deliberada). Y es en este sentido, que a los más débiles socialmente (especialmente a las mujeres) este juego del poder oculto, fuera de escena, les es particularmente perjudicial.

Ciertamente, es en la esfera informal donde se da el mejor caldo de cultivo del poder, pues bien es sabido que el poder gusta de conspiraciones, «pequeños comités», de covachuelas, y por el contrario,

huye de la luz del día, de la transparencia, en las que no podría realizar sus arbitrariedades grandes o pequeñas, sus cooptaciones, sus variadas trapisondas. Constituye todo ello una «alta cultura masculina» (*haute culture*) a la cual las mujeres afortunadamente/desafortunadamente no han llegado. Afortunadamente, para evitarnos una de las alienaciones más fuertes para la libertad y el espíritu humano. Desafortunadamente decimos, por otro lado, porque tal vez un poder compartido entre hombres y mujeres, podría dar la impronta de preservación de la vida y sensatez que ha generado la cultura femenina a lo largo de la Historia, el sello de auténtico servicio y cuidado del ser humano (y no cínicamente como el término «servicio» se viene utilizando como servicio de sí mismo). La vía femenina podría ser el camino para atacarlo en su dimensión actual de poder-poder con sus vertientes nefastas tanto para la comunidad como para la persona humana (soledad, narcisismo) en suma, el poder como un auténtico

abrasivo, junto a la fama, engranajes demoleedores del ser humano (recuérdese el caso significativo del hipertexto de hemeroteca inserto antes). Desde esta perspectiva, la famosa etiqueta de «la erótica del poder», que tanto furor hizo en la sociedad española del postfranquismo, devendría para las mujeres en la anti-erótica del poder. Pero hoy por hoy, pensar en estos términos razonables curiosamente forma parte del *desideratum* de un pensamiento utópico.

Así pues, volvamos a la descripción de los mecanismos del poder informal, el poder más genuino, y cómo éstos afectan a su desigualitario reparto entre hombres y mujeres, quebrando tras bambalinas informales (pasillos, bares, etc.) con sus «reglas no escritas, las reglas sí escritas» de la igualdad meritocrática. Bastantes mujeres profesionales vivencian de forma negativa (probablemente las que «no han llegado aún» y no están por ello bajo el llamado «síndrome de la abeja reina» que, dicho en síntesis, es sacar partido de la exclusividad de ser única y no desear ni ayudar a que otras mujeres accedan al poder) y se quejan del ejercicio de un poder informal por definición desigualitario, aunque sólo sea por el hecho de que carece de convocatoria y perpetra un injusto reparto de la información, más allá del problema de género. Sólo que al ejercerse, característicamente, este poder informal por y en cenáculos masculinos crea y refuerza sistemáticamente un universo masculino de poder, convirtiéndose así en uno de los más fuertes obstáculos de las carreras profesionales de las mujeres.

Como regla general (más allá de las élites femeninas) podemos decir que a las mujeres les favorece «la transparencia», por lo siguiente: la falta de transparencia es «doblemente perjudicial» como mujeres (género) y como dominadas (sujetos sin poder). Es decir, en cualquier campo con grandes dosis de poder, las mujeres, al no tener poder por lo general, no van a tener la posibilidad de influenciar o intervenir en el comercio de favores que obtener un puesto público conlleva o puede conllevar. La falta de transparencia son los mecanismos inmersos en lo que se suele llamar «hacer pasillo», «ir a restaurantes», etc. Constituyen una especie de «sabotaje de género» a las normas de igualdad y racionalidad que formalmente exhibe nuestra sociedad, en tanto

que traspasan la vida privada e influyen en la vida pública, no se circunscriben al ámbito de lo personal sino que saltan sin control hacia el espacio de las carreras profesionales.

UNA SÍNTESIS DE GÉNERO

Podríamos trazar el siguiente esquema de opuestos con todos los matices que acabamos de tratar sobre las históricas masculinidad y feminidad de nuestras sociedades:

1º) «Taylorismo» o «workaholismo», es decir, adicción al trabajo, por parte de los hombres, de una forma monolítica u homogénea (compartida generalmente por todos los hombres) y unidireccional, sin fisuras, fragmentaciones o vacilaciones, el trabajo como valor por antonomasia de la vida. «Mestizaje, dualidad, fragmentación vital femeninas», en clara contraposición a todo lo anterior, bien que ésta sea de hecho o bien que funcione sólo como cuestión de mentalidad, ideológica.

2ª) Especialización masculina (profesionalización a ultranza). «Diversidad femenina». Se puede ser profesional, pero también muchas otras cosas, ya sean en el plano real, en el plano mental o en el plano del deseo y del imaginario.

3º) Rigidez masculina (esa vida de trabajo unidireccionalmente especializada que acabamos de esquematizar, además apoyada por un rotundo super-ego masculino. «Posibilismo femenino», en las antípodas de todo lo anterior y abasteciendo la necesidad de diversidad y flexibilidad que por definición necesita la vida como tal vida para sobrevivir. Todo ello lejos del espíritu tanático al que pueden abocar las características opuestas de la masculinidad.

Hasta tal punto esas diferencias de género son importantes que podríamos decir, en un cierto nivel que las mujeres carecen de super-ego, o tienen otro sistema normativo, siendo este aspecto una de las divergencias más notables entre hombres y mujeres. Divergencia que se pone de manifiesto claramente y traspasa sus relaciones sociales. Tal vez habría que promediar e hibridar esas tendencias que actúan como tensiones estructurales de la masculinidad y la feminidad, es decir, la tendencia a que el amor sea la tensión femenina por excelencia y la acción-trabajo la auténtica tensión masculina. Asimismo,

promediar las siguientes dicotomías: el poder, un asunto y un gueto de la masculinidad; la domesticidad, un asunto y gueto de la feminidad.

El cultivo sistemático, obsesivo, monotemático del mundo del trabajo o de las profesiones por parte masculina, deja ya de antemano en franca desventaja a las mujeres que en absoluto se entregan a él de este modo. Cabría pensar que otra forma de vida social y personal es posible: una vida que siga la ley de la justa armonía entre hombres y mujeres, que equilibre los códigos sociales tan diferenciados por género de cara al mundo del trabajo y de la familia.

A MODO DE BALANCE: TRES CONCLUSIONES SOBRE UN FENÓMENO COMPLEJO

El título de este epígrafe es una especie de *desideratum*: sintetizar es definir. Este es el esfuerzo que aquí pretendemos y valoramos como tal esfuerzo, dejando fuera de nuestra consideración en este momento el abismal fenómeno social que encierra el binomio género-poder. No sin antes apuntar con el didactismo de una fórmula lo que es una situación fáctica asimétrica, discriminatoria, y por ello contestable: "A más poder, más hombres. A menos poder, más mujeres".

PRIMERA. LA LUCIDEZ DE LAS EXCLUIDAS / LA ALIENACIÓN DE LAS RECIÉN LLEGADAS

La lucidez de las excluidas, al menos entre las mujeres profesionales que tienen constantemente el elemento masculino comparativo en su práctica laboral cotidiana, ha puesto de manifiesto recurrentemente cómo la masculinidad *per se*, en un mínimo contexto profesional donde ello sea posible, goza de unos privilegios meramente simbólicos (e injustamente diferenciales y en detrimento de los de las mujeres, aunque sólo sea porque afecta a un mundo de recursos y puestos escasos) como simbólico es también el ceremonial con los que la masculinidad los hace valer.

Lucidez y alienación son los polos opuestos y paradójicamente complementarios de una actividad recién estrenada, como es la del ejercicio del poder por parte de las mujeres. Lucidez porque ven con ojos nuevos y sorpresa (tal vez con inocencia) el fenómeno del poder. Alienación porque sufren las tensiones, la falta de

naturalidad de las recién llegadas, proclives a morder el anzuelo que frecuentemente les lanzan los *mass-media* a las mujeres, inseguras de su imagen pública ya sea por un exceso de masculinización o por una hiper-representación femenina, como hemos analizado anteriormente. He aquí un ejemplo de los característicos «opuestos complementarios».

SEGUNDA. PODEROSOS Y SANCHAS

Poderosos y Sanchas hemos escrito para ejemplificar arquetípicamente ciertas conductas de hombres y mujeres en las organizaciones de trabajo, pero también les convendrían las etiquetas de mitificadores y desmitificadoras que, a su vez, correlacionarían con el hecho de tener o no tener poder, respectivamente.

Numerosas investigaciones están poniendo de manifiesto y criticando el uso simbólico que los hombres hacen del empleo, en suma, el trabajo como espacio para la lucha simbólica, más allá de la faceta sustantiva de la ocupación, es decir, del hecho de estar efectivamente ocupado trabajando. Hay una línea interesante de observación (especie de objeto privilegiado de conocimiento) en la que se produce una significativa confrontación entre hombres y mujeres, y ésta es su percepción, actitud y conducta sobre qué es «lo práctico». De ahí, la metáfora de Género que hemos trazado al comienzo entre Sanchos y «Sanchas».

TERCERA. EL GÉNERO INSTRUYE SOBRE EL PODER

Podríamos emplear diversas fórmulas para expresar dicha conclusión. Al adoptar el punto de vista de las mujeres, éstas ponen de manifiesto mecanismos inéditos del poder, poco observados. Se convierten en traductoras especiales del poder, es decir, traducen los imperativos del poder y sus mecanismos ocultos al lenguaje de género. Su condición de nuevas en la arena pública, de recién llegadas a las profesiones, arroja nuevas luces, muestra nuevos ángulos del poder y de la vida social en general. En síntesis, las mujeres aportan una lucidez singular (entre lo primigenio y lo descreído del *outsider*) sobre el desenvolvimiento del poder: son éstas las lecciones que el género da acerca del poder y de mucho más.

Por todo ello, las mujeres pueden enriquecernos con una voz diferente, al hacer cosas nuevas y al tratar temas de reflexión o transitar por sendas de pensamiento descentradas-marginales respecto a las transitadas por sus grupos de pares establecidos, grupos masculinos por excelencia. Desde la auténtica extrañeza, de los que se sienten otros en sí mismos, y desde esa otredad a veces ineludible, las mujeres pueden ser capaces de plantear problemas que hagan avanzar al conocimiento.

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

- ALBERDI, C. (2001): *El poder es cosa de hombres*. Madrid, La Esfera.
- ALBERDI, I. et al. (2000): *Las mujeres jóvenes en España*. Barcelona, Fundación La Caixa.
- AMORÓS, C. (1998): *10 palabras clave sobre Mujer*. Pamplona, E.D.V.
- ARDENER, S. (ed.) (1993): *Women and Space*. London, Berg Publish.
- ARNEDO, E. (2000): *Desbordadas, la vida agitada de la elastic woman*. Madrid, Temas de Hoy.
- BAENA DE ALCÁZAR, M. (1999): *Élites y conjuntos de poder en España (1939-1992)*. Madrid, Tecnos.
- BOURDIEU, P. (1994): *La domination masculine*. Paris, Seuil.
- BOURDIEU, P. y L. J. D. Wacquant (1992): *Réponses*. Paris, Seuil.
- CAMPS, V. (1998): *El siglo de las mujeres*. Madrid, Cátedra.
- CASO, A. et al. (1999): *Hijas y padres*. Barcelona, Martínez Roca.
- CONNELL, R. W. (1987): *Gender and Power. Society, the Person and Sexual Politics*. Oxford, Polity Press.
- ESCARIO, P., I. Alberdi, et al. (1996): *Lo personal es político. El Movimiento Feminista en la transición*. Madrid, Instituto de la Mujer.
- FISHER, H. (1999): *El primer sexo. Las capacidades innatas de las mujeres y cómo están cambiando el mundo*. Madrid, Taurus.
- FREIXAS, L. (ed.) (1996): *Madres e hijas*. Barcelona, Anagrama.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, M. y M. A. García de León (coords.) (1997): *Mujeres en minoría*. Madrid, CIS.
- GARCÍA DE LEÓN, M. A. (1982): *Las élites femeninas españolas. (Una investigación sociológica)*. Madrid, Queimada.
- GARCÍA DE LEÓN, M. A. (1991): *Las mujeres políticas españolas*. Madrid, Dirección General de la Mujer.
- GARCÍA DE LEÓN, M. A. (1993): «Hombres y mujeres en la esfera pública. El caso de la participación en los debates televisivos», en F. Ortega, *La flotante identidad sexual. (La construcción de género en la vida cotidiana de la juventud)*. Madrid, Dirección General de la Mujer e Instituto Investigaciones Feministas - U.C.M.
- GARCÍA DE LEÓN, M. A. (1993): «Pierre Bourdieu, o la trastienda del conocimiento científico», *REIS*, nº 63.
- GARCÍA DE LEÓN, M. A. (1994): *Élites Discriminadas. Sobre el poder de las mujeres*. Barcelona, Anthropos.
- GARCÍA DE LEÓN, M. A. (2000): «The elites cultural capital», en M. Vianello y G. Moore, *Gendering Elites*. New York, MacMillan Press.
- GARCÍA DE LEÓN, M. A. (2001): «Sé bella y calla (consideraciones finiseculares sobre las mujeres)», *Fundamentos de Antropología*, nº 10 y 12.
- GARCÍA DE LEÓN, M. A. y M. García de Cortázar (2001): *Las Académicas (profesorado universitario y género)*. Madrid, Instituto de la Mujer.
- GARCÍA DE LEÓN, M. A., M. García de Cortázar y F. Ortega (1996): *Sociología de las mujeres españolas*. Madrid, Editorial Complutense.
- GARNIER, I. et al. (2001): *Madres de personajes famosos*. Madrid, Narcea.
- GIL CALVO, E. (2000): *Medias miradas. Un análisis cultural de la imagen femenina*. Barcelona, Anagrama.
- GORDON, L. (1991): «What's New in Women's History», en S. Gunew (ed.), *A Reader in Feminist Knowledge*. London, Routledge.
- GREER, G. (2000): *La mujer completa*. Barcelona, Kairós.
- GUTIÉRREZ, A. (1995): *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*. Córdoba (Argentina), Universidad Nacional de Córdoba.

- JÓNASDÓTTIR, A.G. (1993): *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la Democracia?* Madrid, Cátedra.
- LAKOFF, G. (1987): *Women, Fire and Dangerous Things*. Chicago, University Press.
- LANE, M. (1992): *Hijas escritoras*. Barcelona, Noguer.
- LEVINTON, N. (2000): *El superyó femenino. La moral en las mujeres*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- MANGINI, S. (2001): *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*. Barcelona, Península.
- MURILLO, S. (1998): *El mito de la vida privada*. Madrid, Siglo XXI.
- ORTEGA, F. (1993): *La flotante identidad sexual. (La construcción de género en la vida cotidiana de la juventud)*. Madrid, Dirección General de la Mujer - Instituto de Investigaciones Feministas (U.C.M.).
- ORTEGA, F. (1999): «Una identidad sin sujeto», *Cultura y Educación*, nº 14/15: 129-145.
- ORTEGA, F. (2000): «Las mujeres en la postmodernidad», *Claves*, nº 101.
- OSBORNE, R. (1993): *La construcción sexual de la realidad*. Madrid, Cátedra.
- OTEGUI, R. (1999): «La construcción social de las masculinidades», *Política y Sociedad*, nº 32.
- PRESTON, P. (2001): *Palomas de guerra*. Madrid, Plaza & Janés.
- RIVERA, M^a.M. (2001): *Mujeres en relación*. Barcelona, Icaria.
- ROJAS MARCOS, L. (1992): *El hombre light*. Madrid, Temas de Hoy.
- SAINT MARTIN, M. de (1993): *L'Espace de la noblesse*. Paris, Metailie.
- SALIDO, O. (2001): *La movilidad ocupacional de las mujeres en España. Por una sociología de la movilidad femenina*. Madrid, CIS.
- SANTESMASES, M. J. (2000): *Mujeres científicas en España (1940-1970)*. Madrid, Instituto de la Mujer.
- SAUQUILLO, P. (2000): *Miradas de Mujer*. Madrid, Editorial B.
- SULLOWAY, F. J. (1996): *Born to Rebel*. New York, Pantheon.
- THORNHAM, S. (2000): *Feminist Theory and Cultural Studies*. London, Arnold.
- TUBERT, S. (1997): *Figuras del padre*. Madrid, Cátedra.
- VALIENTE, C. (1998): «On overview of the state of research on women and politics», *European Journal of Political Research*, nº 33.
- VARELA, J. (1997): *Nacimiento de la mujer burguesa*. Madrid, La Piqueta.
- VIANELLO, M. y E. Caramazza (2001): *Un nouveau paradigme pour les sciences sociales: genre, espace, pouvoir*. Paris, L'Harmattan.
- WALKERDINE, V. (1997): *Daddy's Girl: Young Girls and Popular Culture*. London, McMillan.